

Bertolt Brecht



B A A L

Personajes

Baal, poeta lírico

Mech, comerciante al por mayor y editor Emilie, su mujer

Dr. Piller, crítico

Johannes Schmidt

Pschierer, director de Aguas

Un joven

Una señora joven

Johanna

Ekart

Luise, camarera

Las dos hermanas

La dueña de la casa

Sophie Barger

El vagabundo

Lupu

Mjurk

La soubrette

Un pianista

El párroco

Bollebol

Gougou

El viejo mendigo

Maja la pordiosera

La mujer joven

Watzmann

Una camarera

Dos gendarmes

Carreteros

Campesinos

Leñadores

CORAL DEL GRAN BAAL

Cuando Baal ya crecía en el seno materno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal,
como Baal lo quería, cuando al fin nació Baal.

Y el cielo estaba allí, con pena o alegría,
también si Baal dormido, feliz, no lo veía:
de noche era violeta y Baal un borrachón
devoto en la mañana color melocotón.

Y va de tasca en tasca, iglesia u hospital,
Baal sigue indiferente, cambiando de costumbre.
Por más que esté cansado, jamás se hundirá Baal:
hará bajar al cielo, con toda certidumbre.

En masa vergonzosa de pobres pecadores
se arroja Baal desnudo, revolcándose en paz:
el cielo únicamente, el cielo y sus colores
recubren majestuosos su desnudez procaz.

Y el mundo, mujerzuela que se entrega riendo
a todo el que se deja en sus piernas triturar
le dio algún que otro éxtasis, que le iban complaciendo,
mas Baal nunca moría: no hacía más que mirar.

Y si Baal veía sólo cadáveres en torno
disfrutaba aún el doble, sin ningún embarazo.
Aún hay sitio, decía, no nos causa trastorno,
aún hay sitio, decía, en este amplio regazo.

La mujer, dice Baal, que os lo ha dado ya todo,

¡que se vaya a paseo y que encuentre acomodo!
Nunca teme a los hombres: con mujer, son igual.
Pero teme a los hijos del mismísimo Baal.

Cualquier vicio, no hay duda, siempre sirve de algo,
y también los viciosos, yo ni entro ni salgo.
Si los vicios son buenos, hay que hacer de manera
que se tenga más de uno, porque el tiempo no espera.

Pero no seas vago, no me seas tan flojo.
¡Disfrutar siempre exige, como hay Dios, mucho arrojo!
Hace falta ser fuerte y tener experiencia:
y un gran vientre requiere muchas veces paciencia.

Hacia los gordos buitres Baal levanta la vista,
en el cielo ya esperan el cadáver de Baal.
Pero él se hace el muerto y no hay quien se resista.
Baal se zampa a los buitres, silencioso y genial.

En el Valle de Lágrimas, bajo estrellas sombrías,
pasta Baal en los prados, chasqueando la lengua.
Cuando están ya pelados y han quedado baldíos,
duerme siesta en el bosque, más su sueño no mengua.

Y si el oscuro seno se lo lleva consigo:
¿qué es el mundo para él? Baal está siempre lleno.
Y es que ha sido del cielo tantas veces testigo,
que hasta muerto su cielo es un cielo sereno.

Cuando Baal se pudría ya quizá en el infierno
era pálido el cielo, era grande y eterno,
tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal.
Tal como Baal lo quiso, tal como lo vio Baal.

COMEDOR

Mech, Emilie Mech, Pschierer, Johannes Schmidt, el Dr. Piller, Baal y otros invitados entran por una puerta de dos hojas.

MECH, *a Baal*: Un poco de vino, señor Baal? *Todos se sientan, Baal en el puesto de honor.*

MECH. ¿Le gustan los cangrejos? Esto es cadáver de anguila.

PILLER, *a Mech*: Me alegro de que los inmortales poemas del señor Baal, que he tenido el honor de leerle, hayan merecido su aprobación. *A Baal*: Tiene usted que publicar su poesía. El señor Mech paga como un mecenas. Podrá usted dejar su buhardilla.

MECH. Compro troncos de canela. Bosques enteros de troncos de canela bajan flotando para mí por los ríos brasileños. Pero publicaré también su poesía.

EMILIE. ¿Vive usted en una buhardilla?

BAAL, *comiendo y bebiendo*: Klauckestrasse 64.

MECH. En realidad, estoy demasiado gordo para la poesía. Pero tiene usted el cráneo como un hombre del archipiélago malayo, que tenía la costumbre de que lo hicieran trabajar a latigazos. Sólo trabajaba enseñando los dientes.

PSCHIERER. Señoras y señores. Lo confieso francamente: me ha conmovido encontrar a un hombre así en condiciones tan modestas. Como ustedes saben, descubrí a nuestro querido maestro en mi oficina cuando era un simple principiante. Me atrevo a decir que es una vergüenza para nuestra ciudad dejar que una personalidad así trabaje a sueldo. Lo felicito, señor Mech, porque su salón será llamado cuna de la fama mundial de este genio, sí señor, genio. ¡A su salud, señor Baal!

BAAL *hace un gesto de rechazo; come.*

PILLER. Escribiré un ensayo sobre usted. ¿Tiene originales? Yo puedo contar con los periódicos.

UN JOVEN. ¿Cómo consigue esa condenada ingenuidad, querido maestro? Es algo realmente homérico. Considero a Homero como una o varias personas, sumamente cultas, que adaptaban con gran gusto la ingenuidad de las epopeyas populares.

UNA SEÑORA JOVEN. A mí me recuerda usted más a Walt Whitman. Pero en más importante. Digo yo.

OTRO HOMBRE. Y, sin embargo, tiene más bien algo de Verhaeren, digo yo.

PILLER. ¡Verlaine! ¡Verlaine! Hasta en su fisonomía. No se olviden de nuestro Lombroso.

BAAL. Un poco más de anguila, por favor.

LA SEÑORA JOVEN. Pero usted tiene la ventaja de ser más impúdico.

JOHANNES. El señor Baal les canta sus poemas a los carreteros. En una taberna, a orillas del río.

EL JOVEN. Santo cielo, usted, maestro, es mejor que todos esos. Los poetas de hoy no le llegan a la altura del zapato.

EL OTRO HOMBRE. En cualquier caso, es una esperanza.

BAAL. Un poco más de vino, por favor.

EL JOVEN. Lo considero el precursor del gran Mesías de la poesía europea, al que esperamos con absoluta certeza para el futuro más inmediato.

LA SEÑORA JOVEN. Venerado maestro, señores. Permítanme que les lea un poema de la revista Revolución, que les interesará igualmente. *Se levanta y lee:*

El poeta evita los acordes luminosos.

Sopla las trompetas, fustiga el tambor.

Levanta a su pueblo con frases cortadas.

El mundo nuevo

estirpando el del tormento,

isla de una Humanidad feliz.

Discursos. Manifiestos.

Cantos en las tribunas.

El nuevo santo, Estado,
predicad la sangre de los pueblos, sangre de su sangre,
inoculada.
Comienza el paraíso.
—¡Difundamos una atmósfera de grisú!—
¡Estudiad! ¡Preparaos! ¡Adiestraos!

Aplausos.

LA SEÑORA JOVEN, *precipitadamente*: ¡Permítanme! Hay otro poema más en este número. *Lee*:

El sol lo había cocido
el viento lo había secado
los árboles no lo querían,
lo daban siempre de lado.

Sólo un acerolo bueno
poblado de bayas rojas
como con lenguas de fuego,
le dio refugio en sus hojas.

Y allí quedó balanceándose,
sus pies todavía en el suelo.
Y el sol poniente con sangre
bañó sus flancos de duelo.

Y golpeó los olivares
atravesando el paisaje,
Dios, con su túnica blanca
se apareció entre el celaje.

En las campiñas floridas
serpientes cantan su amor,
y en las gargantas de plata